

Capítulo 12

¿Qué podemos hacer?

Ya debería resultar claro a cualquiera que haya seguido con atención nuestra exposición, que la conclusión de Socci es correcta: “Que haya una parte del Secreto no revelada y tenida por indecible, es cierto. Y hoy –habiendo decidido negar su existencia– el Vaticano corre el riesgo de exponerse a condicionamientos muy fuertes y a chantaje.”³⁰⁹ Pero ¿qué podemos hacer *nosotros* al respecto? Aun sabiendo que el Vaticano está en posesión de un texto escondido del Tercer Secreto de Fátima negándose su divulgación, y que algunos miembros del aparato estatal del Vaticano podrán haberlo considerado como “no auténtico” ¿nos encontramos en situación de no poder hacer otra cosa que lamentarnos de la situación y esperar que vengan las tremendas consecuencias seguramente descritas en este texto escondido? ¿Qué podemos hacer para apresurar su divulgación?

En primer lugar, debemos recordar que la Iglesia Católica no es una institución humana cualquiera. El Espíritu Santo guía a la Iglesia hacia los fines que Dios mismo ha establecido desde toda la eternidad. Uno de estos fines es el cumplimiento final del Mensaje de Fátima. Como la misma Virgen de Fátima ha prometido: “Por fin Mi Inmaculado Corazón *triunfará*. El Santo Padre *me consagrará* Rusia, que se *convertirá*, y *será* concedido al mundo algún tiempo de paz”. Éstas son precisamente las palabras de la Madre de Dios, exactamente como son citadas en el comentario de Fátima publicado por el Vaticano.³¹⁰ El significado de las palabras de la Santísima Virgen es claro; y, dado su origen, ellas son una infalible predicción que ocurrirá, a pesar de los designios contrarios de ciertos hombres.

Volvamos, finalmente, al tema de la Consagración de Rusia. El Mensaje de Fátima, incluyendo la parte que todavía está ocultada, llegará a su cumplimiento. Y se cumplirá cuando Rusia haya sido consagrada al Inmaculado Corazón de María. En el interín, por lo tanto, seguramente estamos viviendo al menos el inicio de lo que la Virgen profetizó en las palabras que sin duda explican la visión del “Obispo vestido de blanco”. Nos preguntamos cuántos sufrimientos deberán pasar la Iglesia y el mundo entero antes que el Papa cumpla con lo que la Virgen María ha pedido. ¿Deberemos asistir al aniquilamiento de naciones –de lo cual la Virgen Santísima nos advierte aún en el Segundo Secreto– antes que las promesas de Fátima se realicen? ¿Será la visión del Tercer Secreto entonces, la descripción de un mundo destruido y post-apocalíptico, en el cual un Papa herido y andando con dificultad es perseguido y asesinado fuera de las ruinas de Roma? ¿El Papa San Pío X estaba entonces hablando justamente de esta escena cuando reveló haber tenido una visión de un Papa futuro que huía de la ciudad eterna en medio de los cadáveres de sus hermanos?³¹¹

Rechazando la pretensión de Bertone y de sus colaboradores según la cual las profecías de Fátima pertenecen exclusivamente al pasado, Socci hace un fidedigno paralelo entre el Tercer Secreto y el famoso “sueño de las dos columnas” de San Juan Bosco. En esta visión, el santo profeta ve que el sucesor de un Papa asesinado durante una gran batalla habría logrado conducir a la Iglesia a un puerto seguro, entre las dos columnas: La Eucaristía y el Inmaculado Corazón. Esto sucederá –como dice Socci junto a todos los “Fatimistas” – cuando Rusia sea finalmente consagrada y el Inmaculado Corazón triunfará. Cuando la consagración se realice, será una prueba del poder del papado como

309 *Il Quarto Segreto*, pag. 173.

310 *El Mensaje*, pag. 16.

311 Para repetir lo que ya hemos citado: “Vi uno de mis sucesores huir sobre los cuerpos de su hermanos. Él encontrará refugio escondiéndose, y después de un breve retiro, morirá de una muerte cruel. La perfidia actual del mundo es sólo el inicio de los sufrimientos que deberán cumplirse antes del fin del mundo” Yves Dupont, *Catholic Prophecy, The Coming Chastisement* (Rockford Illinois; Tan Books and Publishers, Inc, 1970) pag. 22.

instrumento divino de la gracia concedida al mundo por intercesión de María, y resultará una victoria aún más grande de aquella contra el Islam en Lepanto. Socci llama a esta inminente victoria –y cada católico que tenga esperanza debe concordar con él– un “extraordinario cambio del mundo, un vuelco de la mentalidad dominante en la modernidad, probablemente a continuación de acontecimientos dramáticos para la humanidad”. El triunfo del Inmaculado Corazón de María significará también el fin de la actual crisis de la Iglesia, de la cual Papa Pablo VI se lamentó de forma tan dramática con su referencia al “humo de Satanás” en la Iglesia después del Vaticano II. Como escribe Socci, el Triunfo del Inmaculado Corazón de María traerá

Una clara “conversión” a la ortodoxia doctrinal después de los espantosos desvíos que siguieron al Concilio [y] un retorno a la adoración y, por lo tanto un retorno a la liturgia bi-milenaria de la Iglesia... [Un] rostro de la Iglesia diferente de hoy: más religiosa que mundana, más mendicante de la gracia de salvación viniendo de Dios, que ocupada de sus propios planes y proyectos... Una Iglesia que espera todo de Cristo, y no de la habilidad política, del activismo y de la manía de *aggiornamento*...³¹²

Obviamente, este glorioso cumplimiento, por cuanto inevitable, no puede venir sin la participación de los fieles. Dios quiere usar instrumentos humanos para alcanzar los fines de Su Iglesia, y no donará sus gracias sin la cooperación del ser humano que se mueve en plena posesión del libre albedrío. Como explicó Frère Michel en 1985, es probable que la consagración de Rusia no se concretará hasta que se haya hecho reparación por el insulto a Cristo y a Su Bendita Madre cometidos por los que han enterrado la profecía del Tercer Secreto – y aún peor, lo han hecho en desobediencia a una “orden expresa de Nuestra Señora” que lo quería revelado en 1960.³¹³

Como dice San Pablo dirigiéndose a los miembros de la Iglesia: “No apaguéis el Espíritu, no despreciéis las profecías; examinad cada cosa, quedaos con lo que es bueno.”³¹⁴ En la *Summa Theologiae*, Santo Tomás de Aquino, el más grande entre los Doctores de la Iglesia Católica, observa que Dios envía a sus profetas en cada época de la salvación “no, de hecho, para profesar una nueva doctrina cualquier, sino para la *orientación de actos humanos*” – o bien para decir a los hombres qué deben hacer para salvar sus almas.³¹⁵ Despreciar a los profetas que Dios nos envía para corregirnos es una invitación al castigo divino. Ya en 1957 Sor Lucía nos advertía que ignorar el mensaje profético de la Virgen de Fátima significa que “ya no tendremos perdón del cielo; porque hemos cometido un pecado, que en el Evangelio suele llamarse pecado contra el Espíritu Santo. No olvidemos que Nuestro Señor Jesucristo es muy bien hijo; y no permite que ofendamos y despreciamos a Su Santísima Madre.”³¹⁶ Y, como realzó justamente Socci, fue un acto de “superbia” –de soberbia– el haber censurado parte del Tercer Secreto por motivos de prudencia humana:

Si la Virgen Santísima se apareció en Fátima, con un evento tan sensacional, precisamente para dar un mensaje “tan delicado” y urgente a la humanidad y a la Iglesia, ¿cómo podemos nosotros católicos “silenciarla” y censurarla, sosteniendo que su mensaje está “destinado a no ser dado el conocimiento del público”? ¿No es un acto de soberbia pretendernos más prudentes que Aquella que es venerada como la “Virgen Prudentísima” y más sabios que Aquella que es definida como la “Sede de la Sabiduría”? ¿Cómo es posible que consideraciones políticas, o miedos humanos, hayan prevalecido sobre la obediencia debida al Cielo?³¹⁷

¿Cómo es posible verdaderamente? Parecería, por lo tanto, que la única reparación posible sería que

312 Socci, *Il Quarto Segreto di Fatima*, pag. 227.

313 Discurso tenido en el Agustiniario, Vaticano, el domingo 24 de noviembre de 1985. Este Sínodo Extraordinario se abrió el día de la fiesta de San Juan de la Cruz.

314 I Tes 5; 19-21.

315 *Summa Theologiae*, II-II, Q. 174, Art. 6.

316 Citado por Socci, *Il Quarto Segreto*, pag. 109. Ver también Francis Alban y Christopher Ferrara, *Fatima Priest* (Pound Ridge, New York: Good Counsel Publications, 1997) pag. 298 (ver también en <http://www.fatimapriest.com/Appendix3.htm>).

317 *Ibid.*, pag. 37.

el Papa revele enteramente lo que algunos que se tienen por más prudentes que la *Virgo Prudentissima* han elegido esconder. Porque lo que ellos han escondido es lo que Dios mismo nos ha proporcionado para la salvación temporal y espiritual de todas las almas: Una advertencia de las consecuencias del pecado y de las locuras humanas, y con ella el camino de la Salvación.

Pero ¿qué papel deben desempeñar los católicos en general para poner fin a este escandaloso ocultamiento del mensaje salvífico de la Virgen Santísima? Su papel consta de tres partes: oración, penitencia y súplica.

Oración

Antes que ninguna otra cosa, los católicos deben rezar al Señor a través de María, que es la Medianera de todas las Gracias, por la intención de la plena revelación del Tercer Secreto de Fátima, y con esto la conversión de Rusia y el triunfo del Inmaculado Corazón de María. ¿Cómo debemos rezar? La Virgen de Fátima prescribió sobre todo la oración del Santo Rosario. La Virgen no ha dejado nunca de exhortar a los fieles católicos para que recen cotidianamente el Rosario, que Ella nombró en cada una de sus apariciones en la Cova de Iría:

13 de mayo de 1917: “Rezad el Rosario todos los días para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra.”

13 de junio de 1917: “Quiero ... que recéis el Rosario todos los días...”

13 de julio de 1917: “Quiero ... que continuéis rezando el rosario todos los días, en honor de Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz del mundo y el fin de la guerra, porque solamente Ella lo puede conseguir.”

19 de agosto de 1917: “Quiero ... que continuéis rezando el Rosario todos los días.”

13 de septiembre de 1917: “continúad rezando el Rosario, para alcanzar el fin de la guerra:”

En fin, el 13 de octubre de 1917, día del Milagro del Sol, la Señora se identificó precisamente como Nuestra Señora del Rosario: “Soy la Señora del Rosario; que continúen rezando el Rosario todos los días.” Sor Lucía había de pasar los decenios sucesivos diciendo a todos que le prestaban atención, sea en las conversaciones, sea a través de cartas u otros escritos, que el Rosario es un arma espiritual indispensable en medio del caos y de la “desorientación diabólica” que ya entonces estaba superando al mundo, aún mientras las apariciones de Fátima no habían todavía concluido.

Penitencia

Junto a sus oraciones, los fieles deben ofrecer otra cosa que Nuestra Señora de Fátima pidió repetidamente: la penitencia. Lo que significa que los fieles deben estar deseosos de hacer sacrificios, y de soportar sufrimientos que son ofrecidos a Dios por las intenciones queridas. ¿Qué es la Pasión del Señor Nuestro Jesucristo si no un sacrificio penitencial de infinito valor, cumplido por el Único que no había cometido ningún pecado, que ofreció su propia vida en sacrificio por la redención de los pecadores? ¿Cómo pueden los fieles que son todos pecadores, dejar de ofrecer sus miserables penitencias por la intención de que el entero Tercer Secreto sea revelado y que se cumpla en fin el mensaje de Fátima? De este modo las almas (también las suyas) serán salvadas, y el mundo se ahorrará el castigo que tanto merece.

Pero los fieles no deben esperar alguna orden de la autoridad de la Iglesia para hacer penitencia, porque Nuestro Señor ha dado la orden por medio de su Bendita Madre. Como declaró Sor Lucía: No esperemos que venga de Roma una llamada a la penitencia, de parte del Santo Padre, para todo el mundo; ni esperemos tampoco que venga de parte de los señores Obispos para cada una de sus diócesis; ni siquiera tampoco de parte de las Congregaciones Religiosas. No; ya Nuestro Señor usó muchas veces estos medios, y el mundo no le ha hecho caso. Por eso, ahora, que cada uno de nosotros comience por

sí mismo su reforma espiritual; que tiene que salvar no sólo su alma, sino salvar a todas las almas que Dios ha puesto en su camino.”³¹⁸

Súplica

En fin, los fieles deben suplicar a las autoridades de la Iglesia, comenzando por los Obispos de las propias diócesis y los sacerdotes de sus propias parroquias. Deberían también suplicar a los otros miembros de la jerarquía, y, en cuanto sea posible, comunicar las propias preocupaciones a los hermanos católicos, con todos los medios de comunicación sociales posibles. El derecho canónico de la Iglesia reconoce abundantemente y asegura el derecho de los fieles, en virtud de su bautismo como católicos, de dirigir peticiones a la jerarquía, y de comunicar unos con otros respecto de asuntos importantes para la Iglesia. Y hoy en día no existe un asunto más importante que el Tercer Secreto y el Mensaje de Fátima en su totalidad.³¹⁹

Pero sobre todo, los fieles deberían suplicar al Papa, en conformidad con el derecho acordado por Dios a cada uno de los miembros de la Iglesia, de poder recurrir directamente al Supremo Pontífice.³²⁰ La súplica puede tener muchas formas. Hoy es posible enviar al Papa una carta, un fax, o aún un e-mail a la dirección de correo electrónico para el Papa expresamente creada por el Vaticano (benedictxvi@vatican.va). ¿Pueden estas súplicas al Papa producir efectivamente el resultado esperado? Claro que pueden. El impacto de millones de súplicas enviadas al Papa no puede ser puesto en duda. Por ejemplo, es un hecho histórico que las peticiones de los fieles de todo el mundo fueron importantes en conmovier al Papa Pío XII para que promulgue el su infalible definición dogmática sobre la Asunción de la Bienaventurada Virgen a los Cielos. Del mismo modo, al publicar su *motu proprio* que “ha liberado” la Misa Latina y declarando que ella “nunca había sido abrogada [prohibida]” por Pablo VI, el Papa Benedicto XVI hizo una referencia explícita a las “insistentes súplicas de estos fieles...”³²¹

Fueron precisamente estas formas de súplica y de comunicación, entre las cuales nombramos el libro de Socci y las publicaciones del apostolado de Fátima dirigido por el Padre Gruner, que llevaron al aparato estatal del Vaticano a revelar esa parte de verdad hasta aquí revelada. ¿En qué punto estaríamos hoy, si católicos como Socci y el Padre Gruner, debido a la timidez y del “respeto humano” no se hubieran ejercido su derecho de hablar en defensa de la verdad y no hubiesen protestado contra la versión “oficial” claramente insostenible? Recordemos las palabras del Papa San Gregorio Magno citadas al principio de este libro: “Es mejor que surjan los escándalos antes que la verdad sea suprimida.” Recordemos también las dramáticas palabras del mismo Socci: “¡La Iglesia no es algo así como una secta o pandilla de mafiosas que nos exige complicidad!”³²² en cuanto miembro de la casa de los hijos de Dios, un católico no cumpliría a sus deberes y además cometería pecado si permaneciese en silencio ante estas circunstancias. Como declaró el Papa San León I: “Aquél que ve a otro en un error y no se esfuerza en corregirlo, demuestra también estar en el error.” Al mismo modo el Papa Felix III enseñaba: “No oponerse al error equivale a aprobarlo, y no defender la verdad equivale a suprimirla...”

Pero, exactamente ¿en qué términos deben hacer los fieles una súplica? Ante todo los fieles deberían suplicar al Papa (y a los otros miembros de la jerarquía) por la revelación del texto escondido, hasta el momento siendo suprimido por el Secretario de Estado Vaticano. Los miembros de la jerarquía, inclusive los de los más altos rangos del Vaticano –y entre ellos el Pontífice mismo– no pueden tener motivos válidos para negar tales súplicas. En cuanto a la idea que por vía de una reserva mental,

318 Citado en *Fatima Priest*, pag. 297 (ver también www.fatimapriest.com/Appendix3.htm).

319 Ver los *Cánones* 212-228, 278 y 299, CIC 1983.

320 Este derecho es definido dogmáticamente por el Segundo Concilio de León (1274) (ver Dz. 466, D.S. 861) y por el Primer Concilio Vaticano (1870) (ver Dz. 1830, D.S. 3063) y ulteriormente codificado en el Can. 221 del Código de Derecho Canónico de 1983, promulgado por el Papa Juan Pablo II.

321 *Summorum Pontificum* (2007), Preámbulo.

322 “Bertone nel ‘vespaio’ delle polemiche” (Bertone en el avispero de las polémicas), *Libero*, artículo del 2 de junio de 2007, consultando en <http://www.enricobaccarini.com/Fatima/4segreto03.htm>.

aquellos que ejercitan el control de texto escondido pueden continuar negando de buena fe su existencia, haciéndolo sobre la base del juicio privado de que “no sea auténtico”, reconocemos todo esto por aquél que es: un vano intento de justificar la ilícita supresión de lo que tienen los fieles el sacrosanto derecho de conocer para su propia salvación temporal y espiritual.

Los pastores de la Iglesia tienen el deber delante de Dios de decirnos *todo* lo que la Madre de Dios reveló en Fátima. Porque las Sagradas Escrituras enseñan que Dios escogió a cada pastor de la Iglesia, y especialmente a los Obispos y al Papa, de *vigilar* los que están bajo su custodia. Y uno de los deberes de estos centinelas de la Iglesia es precisamente poner en guardia a los fieles de lo que el entonces Cardenal Ratzinger mismo reveló ser el tema del Tercer Secreto: “los peligros amenazando la Fe y la vida del cristiano y por tanto la del mundo.” En el libro de Ezequiel se nos recuerda que antes de que el Señor castigue a su pueblo, Él elige un centinela cuyo deber es hacer sonar la alarma para que aquellos que prestan atención a su advertencia puedan salvarse del castigo. El centinela que permanece silencioso, sin embargo, se manchará las manos con la sangre de aquellos que estarán perdidos.

Si mando la espada contra un país y el pueblo de esa tierra toma un hombre de su territorio y lo pone como centinela... si el centinela ve llegar la espada y no hace sonar la trompeta y el pueblo no es advertido, y la espada llega y sorprende a alguno, éste será sorprendido por su iniquidad: pero de su muerte demandaré cuentas al centinela.”³²³

Pero ¿hay alguna cosa peor que un centinela que permanece silencioso? ¿Estamos delante de centinelas que *continúan sosteniendo positivamente que no hay ningún peligro inminente!* ¿Se puede sostener que Dios aprueba esta conducta?

Por eso, la obligación moral de nuestros centinelas eclesiásticos de revelar en su totalidad el Tercer Secreto no puede ser evitado en nombre de cualquier reserva mental. La Iglesia y el mundo tienen derecho de conocer aquello que ha sido escondido, y los centinelas tienen el deber impuesto por Dios de revelarlo. Y no vale decir que así como ya hemos deducido los probables contenidos del Secreto escondido, no hay más necesidad de una advertencia de parte de los centinelas de la Iglesia. Al contrario, la Iglesia y el mundo *tienen necesidad de oír las palabras de la Santísima Virgen, precisamente como las dijo*. Porque tales palabras transmiten una infalible sabiduría divina, y sin duda consejos específicos del Cielo que, por su misma naturaleza, son indispensables conocer hasta en sus mínimos detalles. Además, sin una revelación completa del Secreto de parte de la autoridad de la Iglesia, muchos de los fieles podrán ser inducidos a creer que no hay nada para revelar.

Oración, penitencia y súplica. Para obtener lo que el Señor ha prometido, debemos *hacer* lo que nos pide. Al final, el Mensaje de Fátima, como toda otra orden divina concierne al misterio impenetrable de la relación entre la gracia y el libre albedrío. La destrucción del mundo – que en la visión del “Obispo vestido de blanco” estaría en manos de un Ángel, con el fuego que es detenido por la Virgen – depende en gran medida de las oraciones, penitencias y peticiones de los simples fieles. Es una verdad que da miedo, sin embargo es un testimonio del amor de Dios que nos vuelve libres. El glorioso cumplimiento que la Reina del Cielo nos ha prometido, por lo tanto, requiere obediencia no sólo de parte del Papa y de los Obispos, sino también de la multitud de los cristianos, cuyos actos de fe, reunidos en la vasta economía de salvación, contribuirán a hacer descender sobre el Santo Padre la gracia necesaria a fin de que cumpla lo que debe ser cumplido.

¿Un Papa será por lo tanto ajusticiado por soldados en la cima de una colina, fuera de las ruinas de una ciudad, en un mundo que ha provocado la ira divina? ¿O bien Benedicto XVI o su sucesor, evitando este destino, revelarán las palabras escondidas de la Virgen, celebrarán la Consagración de Rusia, y llevarán al cumplimiento el Triunfo del Inmaculado Corazón? Que algún Papa hará todo esto, es cierto. Es en esto que reside nuestra esperanza. Pero ¿se tratará de este Papa o de otro? ¿Sucederá ahora, o después que el mundo haya soportado una terrible catástrofe, en consecuencia de su rebelión confrontada con el Señor? Reflexionemos sobre esta pregunta con miedo y esperanza, mientras esperamos, según la promesa de la Virgen de Fátima, la luz que está llegando para sacarnos de la oscuridad.

323 Ezequiel 33: 2,6.